

“ OTROS CUENTOS DEL BICHO “

El Bicho Gardo

INDAUTOR No. 03-2003-101316450600-14

Ediciones
La Luna

“ OTROS CUENTOS DEL BICHO “

I.- “Tres cuentos del desierto”

**II.- “Cosas que a veces suceden por
allá en el sur”**

El Bicho Gardo

Ediciones
La Luna

CONTENIDO

I.- “Tres cuentos del desierto”

1.- El piloto

2.- Los arbolitos

3.- La noche del coyote.

II.- “Cosas que a veces suceden por allá en el sur”

4.- El sombrero panameño.

5.- Los funerales del tío Gabriel.

El piloto

“El piloto”

El horizonte se había enrojecido por la puesta del sol. Era la señal que esperaba para salir de su entierro provisional. Un “*viejo truco indio*” utilizado para evitar la insolación y la muerte segura en el desierto de Altar. Nuevamente tendría que caminar durante la noche hacia el norte, siguiendo el resplandor de luces, de lo que estaba seguro serían vehículos transitando por la carretera federal, desde la ciudad de San Luis Río Colorado hacia Sonoita, población en los límites de este desierto en el Estado de Sonora, el cual se extiende más allá de la frontera con los Estados Unidos, en el estado de Arizona. En conjunto, esta zona desolada y ardiente sólo se compara con los desiertos del Sahara y Atacama en Chile.

Tres días habían transcurrido desde aquella mañana, en la ciudad de Hermosillo, cuando un hombre de edad avanzada, acompañado de un niño de doce años, llegó al aeropuerto a contratar un vuelo a Yuma, Arizona. Casualmente, ese día los viajes por arrendamiento habían sido muy solicitados y únicamente estaba un pequeño avión Cessna de un sólo motor en la plataforma de pernocta de la pista. El oficial administrador de la terminal

aérea, le informó al posible cliente, que tendría que localizar al piloto para solicitar lo llevara, ya que se trataba de un avión privado, pero dadas las condiciones de urgencia que describió el anciano, era lo más probable que aceptara. Siempre estaba en disposición de ayudar.

— Con mucho gusto — se escuchó por el auricular del teléfono, — estoy en quince minutos más, por favor efectúen los trámites administrativos necesarios para el vuelo.

El viejo, sumamente preocupado, dejó salir un suspiro, cuando vio entrar al hangar a un hombre fornido, chaparrón, de cabello colorado y camisa blanca de manga corta que dejaba ver unos brazos robustos y velludos. Le recordó al ganado hereford que pastaba en su rancho allende del Bravo.

Intentar sobrevivir en el desierto, es algo terrible, una locura, a pesar de cualquier “truco indio”; sin embargo no podía darse por vencido. Lentamente, desenterró un brazo y luego el otro, así lentamente logró retirar la arena que cubría el resto del pecho, hasta el punto en que pudo incorporarse. Entonces, continuó con la misma operación para liberar las piernas y fue entonces que con muchos trabajos, se pudo levantar. Daba lástima su aspecto, la ropa desgarrada, la cara sucia y ampollada por los efectos del sol candente y el reflejo de la arena del desierto.

Con dificultad, abrió la tapa de la botella de agua que había retirado del botiquín de emergencias que siempre portaba en el avión. Hasta hoy se había percatado de la importancia de mantener esa pequeña caja metálica, la cual verificaba cada determinado tiempo para cambiar los medicamentos y equipo mínimo de supervivencia. La mayoría de los pilotos no le prestan atención. Nunca la utilizan, con excepción de los alka Seltzer, cuando las trasnochadas o los efectos de las copas del día anterior fueron demasiado desastrosos. Gracias a Dios, que en forma rutinaria y automática siempre lo había hecho. Ese hábito ahora lo sostenía con vida, pero en esta ocasión ya nada surgió de ella, ni siquiera una gota. Se había terminado. Viendo ponerse el sol, recordó la última vez que había tomado un trago, fue durante la madrugada de hoy.

— ¡Carajo...! ¿Por qué en aquel instante, no tiré la maldita botella? —Se preguntó, esperando tal vez que la oscuridad le contestara. Así, entonces, seguro que sería la señal de encontrarse ya despierto en alguna población, lo que indicaría sin duda que la pesadilla había terminado —. Pero... únicamente

el silencio del lugar respondió.

Fue entonces cuando su mente dio la respuesta.

— No te hagas el tonto. Soñaste que estaba llena y la guardaste contigo y pensaste que la siguiente vez que tuvieras sed, al abrirla volvería aparecer el preciado líquido. No dudes, ya deshazte de ella y comienza a caminar que se hace tarde —. Le exigió el pensamiento.

Lento y arrastrando los pies en la arena, se enfiló siempre con la cara al norte. Con mucha dificultad, intentaba mantener en su mano izquierda, el lugar por donde el sol se había ocultado, así sin duda podría conservar el rumbo. Levantó la cara, suspiró y se dijo:

— Esta noche tendré que alcanzar la carretera, si esto no sucede, soy hombre muerto — balbuceó de manera apenas perceptible y sintió un gran dolor en los labios ya encostrados por la sangre y la arena.

En estos lugares tan desolados y con la única actividad de caminar, a la mente sólo le queda pensar, de manera que la imagen a partir del despegue de la aeronave en la pista del aeropuerto se le redonda sin parar. Cada una de las actividades, maniobras, decisiones, pensamientos, imágenes, se repiten como si fuera un barajeo de un macizo de cartas, los que reproducen la película de las últimas horas vividas. La carga de combustible de gasavión, la revisión general a los instrumentos por medio de una lista de verificación o *check list* como dicen los gringos, antes de partir. Todo se encontraba en condiciones normales.

— Por favor, abróchense los cinturones. — Él nunca lo hacía porque siempre dijo que no le quedaban y le apretaban, — En la caja que está entre los asientos, se encuentran unos sándwiches y unos refrescos, por si lo apetecen. *Mi vieja* siempre los prepara, como pueden observar, no hay aeromoza que nos atienda — indicó el piloto en tono de broma.

— Aquí “*Extra Alfa, Eco Pa Pa*” pidiendo autorización de la torre para despegar...

— “*Extra Alfa Eco Pa Pa*” autorización concedida, favor de proceder en pista 03, buen viaje... — se escuchó el sonido metálico de la voz, en la bocina de la radio.

— Bueno, ahí vamos —. El avioncito blanco con franjas rojas comenzó a rodar

por la pista y por un cierto tirón que se sintió, supieron que se encontraban en el aire.

— Espero que no les moleste algunos bamboleos. A pesar de estar sin nubes el día, existen algunas corrientes llamadas “aire claro” que provocan ciertos movimientos bruscos, pero son normales — comentó el piloto.

— No se preocupe Capitán, hemos volado mucho en todo tipo de aviones — contestó el hombre maduro, a pesar que presentía que no tenía grado, al ser piloto privado, sin embargo, sabe siempre que es un halago así decirlo. — A mi nieto le encanta volar — comentó.

— Seguiremos la carretera federal en forma paralela rumbo a Caborca, luego de ahí a Sonoita, para dar un giro hacia Yuma. Siempre tendremos la carretera a la vista — informó el piloto.

¡No, por favor volemos directo a Yuma!, me urge llegar, mi esposa se encuentra muy enferma — imploró el anciano.

— Eso equivale a tener que cruzar el desierto, es muy peligroso, aunque antes lo hacía, ahora ya no. De verdad les digo que es muy arriesgado. Además, ¿Sabe usted?, es una promesa que le hice a mi madre. Ella se preocupa mucho cuando vuelo, nunca quiso que me dedicara a esta profesión. Debe de ser una fobia de madre antigua...

— Por favor — nuevamente imploró con voz de preocupación.

— Bueno, nada me cuesta no cumplir de vez en cuando alguna promesa en pos de resolver algún problema... — contestó el piloto y giró el avión a la izquierda inclinando las alas y poniendo rumbo al desierto.

El zumbido del motor, la monotonía de las tierras secas y el principio de la arena, conformaron el paso de los minutos en el aire. El anciano se arrellanó en su asiento y le pasó uno de los empujados al nieto. La monotonía los abrazó. El piloto se acomodó sus lentes oscuros, se fijó en la brújula, miró las revoluciones por minuto de la máquina y fijó la mirada en el horizonte de arena.

Muchos años habían pasado desde que inició su aprendizaje para volar. Siempre a escondidas de su progenitora, tomaba las clases en el aeropuerto de la Ciudad de Mérida, Yucatán. Corría el año de 1945 y los transportes aéreos distaban mucho de lo seguro que ahora son. En aquella época, eran muy temerarios los que pretendían vencer la ley de la gravedad, aquellos intrépidos hombres con esas máquinas de madera y lona. Su madre tenía razón en no querer otorgar el permiso para que fuera piloto, al paso de los años, pocos eran los que vivían para contarlos, sin embargo, junto con otros compañeros

que tenían las mismas inquietudes, se reunían en viejos hangares para preparar los aviones y tomar las enseñanzas que daba el viejo aviador, quien había sobrevivido a la segunda guerra mundial volando *spitfires* en el cielo europeo y defendiendo a la Gran Bretaña del ataque de las bombas voladoras V-1.

Allí en el viejo aeródromo de la tierra del faisán y del venado, conoció a una bella rubia, que también le gustaba volar y tirarse en paracaídas. Ahora es la esposa que prepara los sándwiches... Uno nunca sabe cuanto mal, pueden causar los padres oponiéndose al destino de los hijos. Aún en contra de la voluntad de ella, volaba, pero nunca pudo hacerlo de manera profesional en una línea aérea comercial, como pudo hacerlo el primo de su esposa, el capitán Alonso, que volaba aviones Jet entre América y Europa. A él no le interfirieron su vida.

Luego de casi dos horas de vuelo, pasaron sobre la bahía de San Jorge, después distinguieron a la izquierda Puerto Peñasco y volaron al sur de la sierra El Pinacate, sobre un área de dunas.

— Ya estamos más cerca de nuestro destino, a un poco menos de una hora incluyendo el procedimiento para aterrizar. Por favor, relájense — comentó el piloto y sacando una carta de navegación, se puso a repasar mentalmente dicho procedimiento.

Súbitamente, el sonido de una alarma lo sacó de sus pensamientos. Con agilidad sus ojos buscaron el instrumento al que correspondía la alarma... La presión de aceite del motor había disminuido bruscamente, en su mente rápidamente definió que la maquina se dañaría irremediablemente, si no actuaba con rapidez apagando el motor en ese instante. No hubo tiempo, a pesar de su actuar rápido, el motor empezó a sacar humo por los escapes y se detuvo bruscamente con un fuerte ruido de metal, provocando una fuerte sacudida del aeroplano. Por un instante el silencio invadió el momento, después del cual el avión comenzó a caer...

— ¡Pinche máquina, ya valió madres! — gritó al aire, accionando varias palancas y botones. — Trataré de colocar las aspas de la hélice en un ángulo de ataque, paralelo al flujo del aire, para que reduzca al mínimo la resistencia a seguir volando, de esta manera, me permitirá planear y tratar de aterrizar sin mucho problema. No se asusten — continuó dando instrucciones —, pero

revisen que sus cinturones de seguridad estén bien sujetos a ustedes, inclinen el cuerpo sobre sus piernas y abrácenlas fuertemente. Tengo experiencia en esto; de hecho, cada verano cuando se organizan competencias en las playas de Baja California, hago lo mismo. Consisten en aterrizar entre dos marcas en la arena, con el motor apagado desde arriba en las nubes. Yo gané una de estos eventos el año pasado. — Seguía hablando en voz alta mientras seguía maniobrando los controles con fuerza y habilidad.

El suelo se acercaba a gran velocidad y las dunas se veían cada vez de mayor tamaño.

— Estoy manteniendo la velocidad por arriba de la mínima de desplome... ¿Se encuentran bien?, — preguntó sin escuchar la respuesta. Busco un lugar más o menos nivelado para bajar. “*Mayday, Mayday, Mayday*”, soy “*Extra Alfa, Eco Pa Pa*”, nos quedamos sin motor. Estamos aterrizando de emergencia en mitad del desierto, la posición es... — En ese preciso momento, una “bolsa de aire” hizo que bajara súbitamente el avión, lo que obligó a tomar el timón de la aeronave con las dos manos, soltando el micrófono y suspendiendo la transmisión.

El corazón subió abruptamente hasta el cerebro y el estómago hasta la garganta, pero controlada por el momento la situación, el piloto volvió a transmitir.

— Repito, repito... coordenadas: treinta y un grados treinta y ocho minutos Norte...; ciento catorce grados Oeste. — La radio permaneció en silencio. — Ojalá nos hayan escuchado, — les comunicó a los pasajeros, los que se encontraban abrazados, para proteger al menor. Sus ojos se encontraban desorbitados, mirando el actuar del piloto.

Esperaban la respuesta en la bocina de la radio, aunque pronto lo sabrían... Sin embargo, la respuesta, sólo fue el sonido del aire al surcar lo que quedaba de altura, a la candente arena del desierto.

— Bueno, ahí vamos. ¡Agárrense...!

Se sintió un fuerte golpe en las ruedas del avión y luego comenzó a correr dando tumbos de un lado a otro, mientras el piloto intentaba controlarlo...

— ¡Ya estamos en tierra! — gritó el piloto —. ¡Ahora trataré de detenerlo. *!...Me lleva la madre!*, una grieta en el suelo! ¡Agárrense...!

Al unísono de un fuerte ruido, el tren de aterrizaje delantero se incrustó en la hendidura del terreno y por la fuerza del impacto se rompió, haciendo que la nave se inclinara y enterrara el frente en la arena, provocando un gran destrozo en la maquina y el tablero de la cabina. La avioneta en estas condiciones, continuó arando materialmente el suelo, Una nube de polvo, arena y piedras cubrió al avión y continuó su camino hasta que por fin se detuvo. La aeronave se encontraba totalmente envuelta de arena y polvo, el cual también se había introducido al interior de la cabina.

Pudo haber sido únicamente un par de minutos los que pasaron antes de volver en si y comprender lo que sucedió, pero ese lapso de tiempo, fue suficiente para que el piloto recordara otra situación similar, que le había acontecido.

Cuando joven, construyó con sus propias manos un avión a base de madera y tela recubierta de laca y pintura. Las alas se formaban por medio de una hilera de “costillas de madera de balsa” y se soportaban por medio de alambres con tensores al fuselaje. Tenía lugar sólo para el piloto, pero fue un trabajo de varios meses, ayudado por su esposa trabajaron arduamente, pero al fin el esfuerzo valió la pena, cuando pudieron observar el aeroplano terminado. Recordó como relucía al día siguiente reflejando el sol de la mañana. No contaba con radio de comunicación, pero en ese tiempo era muy común. Salió del hangar despidiéndose de su esposa, con los dedos tocando la visera de la gorra de piloto y emprendió el vuelo hacia la pista de una población cercana. El avión comenzó a tomar altura poco a poco hasta las nubes, se comportaba a las mil maravillas y hasta hizo algunas piruetas. Al divisar la pista, pasó de largo y regresó en un giro de ciento ochenta grados para enfilarse a ella y bajar, fue entonces cuando pudo percatarse que varias personas salían a la pista moviendo los brazos muy efusivamente.

<< Que recibimiento; seguro que les ha gustado mi avión >> pensó.

El polvo del fuerte viento con arena golpeaba sus lentes. Bajó a la pista y fue entonces cuando pudo percatarse que ésta se encontraba en mantenimiento, tenía unas zanjas que atravesaban de lado a lado y aquellas gentes sólo trataban de avisarle y persuadirlo de que no aterrizara. Demasiado tarde, las

zanjas destruyeron el tren de aterrizaje y todo el avión. Después de varios tumbos, quedó asentado sobre el zacate. Nada le había pasado, pero la aeronave nueva, con un sólo vuelo, quedó destrozada. No había muerto...

— No había muerto — repitió. — Oye pedazo de buey, si lo estoy diciendo y me estoy escuchando..., y siento todo el cuerpo, quiere decir que no estoy muerto. Fue entonces cuando de alegría, emitió un grito como indio apache.

— ¿Cómo están ustedes allá atrás? —, preguntó.

— Estamos vivos también. Mi nieto se encuentra bien, pero yo creo que tengo fracturada la pierna derecha, me duele mucho...

Pasado el momento, con dificultades reacomodó el interior de la cabina. Quitó los asientos y utilizando los colchones, acondicionó un camastro para el abuelo. Trató de hacer funcionar la radio, pero estaba dañada. Encontró el botiquín de emergencias y con un trozo de estructura desprendido del avión, inmovilizó la pierna del herido. Encontrada la canasta de los refrigerios que había preparado su esposa, la colocó al alcance del anciano en el interior del improvisado refugio y tratando de mantener la calma, en voz alta analizó la situación en que se encontraban.

— Estamos muy lejos de cualquier lugar, ojalá hayan escuchado nuestro llamado de emergencia antes de caer, pero lo dudo mucho. Usted no puede caminar y el niño no es capaz de soportar la caminata por el desierto, en todo caso, únicamente retardaría la posibilidad de encontrar alguna ayuda. Por lo tanto, creo que lo más cuerdo, es que ustedes se queden aquí, mientras yo voy a tratar de encontrar la carretera que va a San Luis Río Colorado para pedir auxilio, son algo así como cuarenta kilómetros de desierto —. Volteó la mirada hacia el punto que se suponía a donde debería ir y tomando aire continuó con su monólogo. — Al llegar, yo indicaré dónde se encuentran y con helicópteros vendrán al rescate lo más pronto posible. No se desesperen. Mientras estén aquí, estarán protegidos del sol, y también del “viento negro”, que es una tormenta de arena. Tienen algo de alimentos y un poco de agua; cuídenla. Nos mandarán buscar cuando vean que no llegamos a Yuma, lo malo es que en Hermosillo saben que no cruzo el desierto directamente. Tardarán en encontrarnos, pero lo harán... o en su caso llegaré a pedir ayuda. Se detuvo por un momento de su plática, movió la cabeza afirmativamente para que lo vieran seguro y tomándoles de la mano les dijo:

— Estoy seguro que lo lograré, no lo duden, de manera que no pierdan las

esperanzas.

Terminó de sacar del interior del fuselaje lo que quedó de los asientos...

— Con lo que sacamos, incluyendo la pedacería de cartón y algo de gasolina que extraeré del avión, acondicionaremos una fogata, para que en caso de que escuchen sonidos de aviones, la prendan con estos cerillos que dejo —. Alargó la mano para entregar la cajita de cerillos de la “Central”. — Tengan mucho cuidado al encenderla. Esperaré la puesta del sol. Sólo me llevaré un galón de agua, el resto se la dejo a ustedes.

Cuando atardeció, emprendió el camino. Después de recorrer casi cien metros, al voltear hacia atrás, con la luz del ocaso, distinguió a la silueta de los restos del pequeño avión y al niño a un lado. Con la mano decía adiós. Si no fuera por lo trágico del momento, diría que se trataba de una hermosa imagen.

— Tal vez no los volveré a ver. El destino lo dirá —. Regresó la vista al norte y continuó la recién iniciada caminata.

— ¿Que raro?, nunca escuché hablar al niño, siempre serio. Se comunicaba con el abuelo, pero nunca lo escuche. ¿Será mudo? Creo que es muy reservado y no le puse atención. Hasta este momento me di cuenta de esta situación. Es el colmo de la vida, un niño mudo cuidando a su abuelo herido en la mitad del desierto, esperando con paciencia a ser rescatados con la mano de la muerte sobre sus cabezas, esperando su momento. ¿O acaso me viene siguiendo a mí? ¿A quién acabará primero? Ojalá que el niño resista —. Cerrando los ojos como para hacer desaparecer la imagen, continuó en su andar.

El sudor corría por su frente y no pudo evitar en pensar nuevamente en el niño. Esta situación le llevó a recordar su infancia y al hermano mayor que le había mostrado lo que era volar... Fue en unos días de vacaciones escolares, su hermano Edgardo con tal de obtener más dinero para ir a la fiesta del pueblo con la novia, les construyó un avión con una caja de madera, a la cual le clavó unos tablones a manera de alas y cola, para que pareciera un aeroplano. También le colocó una hélice y unas argollas de tal forma que pasara una reata que había amarrado en un árbol de mango y la otra punta en la estructura de la casa.

Los subió al artefacto y simuló el vuelo del avioncito dejando que se

desplazara de un lado al otro, mientras lo meneaba como si en verdad estuviera volando. Cada “viaje” lo cobraba, de manera que pasado un rato, ya les había recuperado toda la mesada; tanto a él, como a otros dos hermanos y tres amigos, por lo que al no haber más dinero, sólo les dijo adiós y les regaló la aeronave... Después de esa experiencia, no dudó en que sería un piloto. Muchas noches soñó infinidad de vuelos sobre las nubes y las ferias de los pueblos circunvecinos; hasta que creció y se decidió a tomar clases en el aeropuerto, aún sin el consentimiento de su madre; a escondidas... De pronto, descubrió, que el recordar le hacía pasar las horas y dar los pasos con menor dificultad, a pesar de la arena del desierto, que no sabe porqué se llama Altar. A lo mejor es porque, si alguien entra en él, se convierte en una ofrenda en el “*ara*” de los dioses.

El lento caminar rodeando arbustos ocasionales, dio lugar a una rutina: protegerse en el día bajo de ellos cubriéndose de arena, dormir un poco y nuevamente deambular en la noche, hacia los resplandores de los vehículos que a lo lejos pasan por la carretera federal, para que otra vez, medio enterrarse. Cuando no dormitaba, a pesar del cansancio y la falta de agua, la mente lo llevaba por caminos que mucho tiempo atrás había olvidado. Como la vez, que trabajó como piloto fumigador en las áreas agrícolas de las cuencas de los ríos Yaqui y Mayo. Era muy buscado por los agricultores porque soltaba el polvo insecticida volando muy bajo, de manera que se aprovechaba al máximo, pero corría mucho más riesgo que los demás, porque tenía que elevarse bruscamente cuando llegaba a los límites del predio rodeado de grandes árboles. En una ocasión, al girar bruscamente y tratar de sobrevolarlos, una corriente de aire le regresó el polvo a la cara, ocasionando que perdiera por un segundo la visión, tiempo suficiente para que las ruedas rozaran las copas y se precipitara a tierra. Quedó atrapado en la estrecha cabina con una gran carga de polvo tóxico, que también era explosivo en caso de que se presentara un incendio. Como pudo salió arrastrándose y corrió con su pesado cuerpo.

En su escape, brincó un canal de riego de más de dos metros de ancho sin mojarse. Un día después, regresó al sitio a intentar otra vez el salto, pero ya nunca lo pudo lograr. Ese esfuerzo por sobrevivir había hecho que buscara fuerza de flaqueza... La mente lo regresó al momento en que vivía, ahora nuevamente lo estaba haciendo, luchando por su vida. Ya casi lo lograba, se encontraba aproximadamente a un par de kilómetros, podía observar el fluir de las luces de los vehículos.

— ¡Ahora es cuando! ¡No te quiebres!, ¡dale duro!, ¡jala! — se arengaba dándose ánimos.

Ya se había arrebatado los jirones que quedaba de pantalón y camisa, debido a que estos le estorbaban para dar los pasos. La cara la tenía toda ampollada y no era posible reconocerlo. Pero continuaba dando pasos con lentitud. Poco a poco iba llegando.

La comandancia del aeropuerto de Yuma, después de cierto tiempo normal de espera, solicitó información a los aeropuertos de la región, para saber si tenían alguna razón del vuelo; ya fuera porque se hubiera captado alguna llamada de emergencia o por haber aterrizado en otro aeropuerto. Ante las respuestas negativas, se declaró la pérdida del avión, de manera que se estableció el plan de emergencia y se comenzó la búsqueda en las aerovías que normalmente utilizaba, tanto por aire como por tierra.

La esposa del piloto, en un jeep, comenzó a recorrer la carretera, ruta que ella había volado con su marido en múltiples ocasiones. No podía pensar en el desierto, porque nunca lo sobrevolaba, de manera que se encaminó a Sonoita. Había llamado también a las amistades que tienen aviones. Los buscaron por dos días, se estaba terminando el tiempo y cada quien regresaba a sus labores cotidianas, dándose por vencidos; únicamente la eterna compañera se mantenía en Sonoita, con un grupo de rescate, en espera de alguna noticia.

Las luces lo deslumbraban, se encontraba ya junto a la carretera, pero nadie se detenía. Cómo iban a parar en la obscuridad, en pleno desierto con un hombre casi desnudo, sólo en calzoncillos. No era posible, únicamente un tonto lo haría, era extremadamente peligroso.

— ¡Cabrones, hijos de la chingada, párense! ¡Ayúdenme! — gritaba desesperado, mientras trastabillando, se desplazaba de un lado a otro, intentando ponerse enfrente de los camiones y vehículos para que se detuvieran. — Me van a atropellar, voy a morir en la carretera después de sobrevivir al desierto. ¡Deténganse hijos de puta! Todos le sacaban la vuelta, hasta que un camionero por medio del radio informó que en aquel lugar del desierto, se encontraba un loco, borracho y encuerado que estaba “toreando” los vehículos. La esposa escuchó por la radio del grupo de rescate y pensó que era él, por lo que avisaron a la patrulla y a una ambulancia, para que se

dirigieran a ése lugar.

— Dios mío, que sea él. Gracias a Dios, que lo encontraron... — no dejaba de implorar la esposa.

Totalmente exhausto, el piloto no pudo más y cayó en el acotamiento de la carretera. La desilusión lo había alcanzado, deshidratado y prácticamente en estado de “shock”. No pudo articular palabra cuando lo encontraron, sólo señalaba hacia el desierto y un gran dolor sintió al pasar el primer trago de agua, no pudo más y se desmayó. Los socorristas le colocaron suero con medicamentos y lo llevaron al hospital. Posteriormente en el Centro Médico le aplicaron unos calmantes. Sintió que descansaba, que volaba, ¡sí!, volaba, igual que cuando era copiloto de su primo el Capitán Alonso, que antes de volar los Comet Jets de BOAC, fue piloto de aquellos aviones cargueros que hacían la ruta de México a Mérida, como en el que se mató el actor Pedro Infante. Soñaba que volaban, como tanta veces lo hicieron, sobre las planicies costeras veracruzanas y observaban pastar a las manadas de ganado vacuno. Señalándolas, por la ventana le decía:

— ¿Pilotos de combate Capitán?

— De acuerdo, pilotos de combate — se escuchaba la respuesta al tiempo que enfilaba el avión en picada, para lograr un vuelo rasante.

El ganado espantado corría; igualmente, volaban asustadas las gallinas, garzas y pájaros por todos lados; vivían un momento fascinante que todo piloto siempre desea, pero después de un momento, al final la prudencia siempre imperaba...

— No, esto no está bien, nunca hay que poner en riesgo el equipo, somos pilotos serios... — jalando el timón, elevaban de nuevo al pesado avión carguero sobre las nubes, manteniéndolo así hasta el aeropuerto, en espera de la próxima ocasión.

También soñó, que en otro vuelo rasante, localizaba a los pasajeros que se habían quedado en el desierto, todo era felicidad. Hasta que despertó y preguntó por ellos.

— Después que te encontraron y viendo que señalabas hacia el desierto, el rescate aéreo esperó a que el sol despuntara y enviaron una avioneta en dirección sur, por donde viniste. Descubrieron el avión y radiaron el sitio

correcto. Un helicóptero llegó al lugar y rescató a los pasajeros. Ambos estaban deshidratados. El niño sobrevivió, no así el anciano que falleció camino al hospital —. Con gesto atento escuchó a su esposa y se llenó de tristeza.

— No estés triste, el niño sobrevivió, tu esfuerzo valió la pena. Mira quien llegó desde la ciudad de México. ¡Tu mamá...!

Por la puerta apareció una señora regordeta con el pelo blanco que vociferaba a todo el mundo, al tiempo que movía sus brazos de manera expresiva y con acento yucateco lo reprimió.

— ¡Yo te dije que no volaras! ¡Me prometiste que no cruzarías por el desierto! ¡No se puede contigo! ¡Anda, júrame que ya no volverás a volar! — El regaño a grito abierto llamó la atención de los pacientes y médicos del piso.

— Tienes razón madre, tienes razón. Ya cálmate, no volveré a cruzar por el desierto, pero... dejar de volar... ¡Nunca mami, soy piloto! —. Con ternura la cubrió con un abrazo.

Los arbolitos

“Los Arbolitos”

Ya nadie recordaba a ciencia cierta, cual fue la razón de que José Luis se hubiera quedado a vivir en aquel desolado lugar, después de la construcción de la carretera. Lejos de cualquier ciudad importante y del último caserío a borde de esa importante vía de comunicación, que atraviesa el desierto y la línea imaginaria del trópico de cáncer. Casi nadie sabía de él, ya que se recluyó como un ermitaño a las faldas de la sierra, razón por la cual, la escasa gente que habita las cinco casuchas del caserío se sorprendió, cuando una mujer llegó hasta ahí preguntando por él.

— Nunca viene por aquí, prácticamente no lo conocemos, — comentó doña Elvia, una señora gorda, dueña de lo que pudiera parecer una fonda, donde sólo a un milagro o al eclipse de luna de un año bisiesto, llegaba algún camionero despistado a consumir —. No sabemos qué hace... Ahí donde vive, sólo hay piedras, polvo y sol. Nada se da, ni siquiera sabemos qué come, probablemente se alimenta de lagartijas, roedores, insectos o víboras, porque únicamente las biznagas, la gobernadora y los cactus existen en ese lugar. Nunca nadie se ha topado con él, ni cuando coloca trampas o suponemos que se encuentra de cacería. Es para nosotros todo un misterio.

— Pero si el lugar es tan desolado, ¿de dónde obtiene el agua para beber? — preguntó la mujer visitante.

— Parece que escarbó un pozo. En ocasiones desde lejos se le ha observado rascar el suelo ahondando agujeros y muy al principio, hace casi tres años, hasta dinamita utilizó. Seguramente la obtuvo de la compañía constructora en que trabajaba — se escuchó una voz en la penumbra, desde la esquina más apartada del pequeño mostrador del establecimiento —. Habilitó una pequeña

estructura para improvisar una bomba de “veleta”, que se mueve con el viento. Bueno... es lo que nos imaginamos —. Corrigió la misma voz.

— Usted señorita. ¿Por qué lo busca? — pregunto doña Elvia.

— Hace unos meses, supe que llegó a una cantina de Matehuala, donde trabajo con mi amiga Celia. Mire usted señora, a eso nos dedicamos, atendemos y divertimos a los hombres que llegan a beber a ese lugar. En aquella ocasión, mi compañera estuvo con ese hombre. Yo no lo conocí, porque estaba atendiendo a otras personas, pero a mi amiga le impresionó mucho su forma de hablar tan seria. En un momento en que coincidimos en la barra, ella me comentó que era muy inteligente; prácticamente podía convencer a cualquiera del tema platicado; ya fuera de religión, brujería, de las experiencias de su trabajo y los diferentes lugares que recorrió construyendo carreteras. En especial dijo Celia, fueron anécdotas e historias que vivió en la última, la que pasa por aquí. Pero, ya de madrugada, otras compañeras me informaron que los dos habían salido y desde entonces no volví a saber de ellos.

Hizo una pausa y tomó un sorbo del vaso de agua que tenía enfrente y prosiguió.

— Estoy preocupada por mi amiga, no sé lo que pudo suceder. Ayer me vino a la memoria algo que también me comentó al respecto del caballero y de este lugar. Por eso aquí estoy.

— ¡Ah caray señorita!, lo único que le podemos decir, es que aproximadamente cada seis meses sale de este lugar y se va a la ciudad. Siempre muy bien arreglado y cuando regresa, según lo han comentado quienes se han cruzado en su camino, lo hace con una mujer, una planta y una gallina. ¡Oiga!, después de todo, a ellas nunca las hemos visto por aquí, suponemos que se la pasan encerradas en la casa. Como son tan raros, hemos optado por ni siquiera acercarnos, además es muy difícil el acceso a donde vive — comentó la dueña de la fonda, al tiempo que hacía un ademán de precaución y temor con las manos a la vez.

— No me importa, tengo que ir a buscarla. ¿Cómo llego hasta allá?

— En poco tiempo será de noche. ¿Por qué no se queda aquí y mañana muy temprano consigue un vehículo Jeep o un animal para ir?, la noche está muy fría, se puede perder en el camino y además, existen muchos otros peligros en la vereda. ¿Qué tal si cae por una grieta o le sale una alimaña ponzoñosa? No niña, usted no sabe andar por estas tierras... De todas maneras, va a necesitar un guía — insistió la señora.

— ¡No, debe de ser ahora! Así me acercaré en la obscuridad y podré revisar,

sin que sepa de mi presencia antes de presentarme. Todo esto me huele muy mal, hay algo muy raro. Además tengo que regresar a mi trabajo, ni siquiera avisé que venía. No me importa caminar. En el pueblo donde nací también tenía que recorrer a pie trechos largos. ¿Conocen alguna persona que pueda guiarme al lugar? Mire, puedo pagarle — la mujer mostró su bolsa de mano y quedó en espera de la respuesta.

— Pues... va a estar muy difícil, porque a los hombres del lugar se los llevaron a uno de los ejidos cerca de Saltillo, a cosechar cítricos. Sólo quedan algunos viejos, pero ya no pueden hacer esa caminata tan larga y posiblemente no van a querer. Pero..., a ver Tomasa, ve a buscar al primero que te encuentres — le ordenó a su ayudanta de la cocina —. No vaya a pensar la señorita que no la queremos ayudar...

— ¡Esperen! — Se escuchó nuevamente la voz que venía de la mesa del rincón, la que se encontraba a media luz —. Yo la voy a llevar... solamente compre una botella de agua y otra de mezcal para el camino... Y luego, emprendamos la marcha. El trecho es largo.

Habían comenzado a caminar cuando la mujer inició la conversación:

— Oiga señor, a todo esto, ¿cómo se llama?, ¿quién es usted?

— Mi nombre no importa señorita, soy uno de tantos gambusinos que recorremos la sierra en busca de minerales. Mire, es mejor que ahorre la plástica, porque va a requerir todas sus fuerzas si desea llegar antes del amanecer. Sólo sígame. — En silencio continuaron por horas, a pesar que en un par de ocasiones tuvo que ahuyentar a base de pedradas a la víbora de cascabel que ocupaba el paso en la vereda —. Hoy no tengo tiempo de matarlas y desollarlas, la carne me sirve de alimento y la piel, la cambio por tragos de mezcal con doña Elvia o en cualquier otra fonda que se me atraviese en el camino —. Fue lo único que comentó en todo el trayecto, sólo se escuchaba en la oscuridad, los pasos y el jadeo de la respiración de la damita, además de los tragos de mezcal, que a boca de botella con regularidad sorbió el hombre.

Tiempo después, algo así como hora y media antes del amanecer, arribaron a la cabaña. Estaba bien hecha, se notaba la utilización de materiales empleados en la construcción de carreteras. Constaba de un cuarto grande, uno más pequeño que daba la impresión de ser una bodega, un gallinero y un pozo. Este último tenía la pequeña estructura de madera y el círculo de aspas que con el viento, podía extraer el agua desde profundidades considerables. La

casa tenía un cerco de piedras y en la entrada, formando un lindero, existían seis eucaliptos; cada uno de diferente tamaño, ordenados de mayor a menor, formando una “escalerita”.

— Observe usted señorita, el cuarto grande debe de ser la estancia, donde seguramente viven, duermen y se alimentan; también ahí está la cocina. — Cambiando de posición al girar un poco a la derecha continuó hablando al señalarlo —. El cuarto pequeño posiblemente sea una bodega donde guarde herramientas y comida, vea usted que tiene un asoleadero para secar alimentos y a un lado se encuentra un gallinero. Mire, tiene apenas tres gallinas, lo más probable es que las tenga para obtener huevos — así se expresaba el hombre mientras recorrían por fuera las habitaciones.

— Parece que no hay nadie — comentó la mujer.

— Es cierto, así parece. No hay movimiento en su interior, ni en las cercanías del lugar, — con atrevimiento se acercó el gambusino a mirar a través de las ventanas —. Tampoco se detectan rastros de que hubiera estado ocupada, porque se puede ver que no existe desorden de platos, ollas y otros trastes necesarios para cocinar los alimentos.

De pronto, a la mujer le llamó sutilmente la atención, la facilidad con la que se movía aquel hombre y la descripción que hacía de las cosas, como si conociera bien el lugar o hubiera estado antes allí. También se fijó que las gallinas apenas detectaron su presencia... Le preguntó a su mente << ¿Dónde se encontrará mi amiga y las otras mujeres? >>. Por un rato quedó dubitativa.

— Debemos esperar a que amanezca — habló al aire el guía —, luego tocaré la puerta para ver si hay alguien. De manera que, descansemos señorita, tomemos las cosas con calma, ahora sí me sentaré —. Resoplando con desparpajo, se dejó caer sobre una roca y le dio un largo trago al mezcal.

— Qué raro encontrar en este lugar árboles de eucalipto y ¿por qué será la diferencia de altura entre ellos? y sobre todo, ¿por qué están escalonados? — se dirigió la mujer al gambusino.

— Este tipo de árbol crece con poca cantidad de agua, no requiere cuidado y el gobierno los proporciona fácilmente, para que en todas las estaciones de ferrocarril y carreteras se siembren — contestó el hombre con voz cansada y terminó —. Las diferentes alturas corresponden aproximadamente a cada seis meses...

<< Cómo conoce este individuo de todo lo que se encuentra aquí >>, pensó la

chica y volvió a sumirse en el silencio.

Cuando el sol apareció, se acercaron a la puerta de madera y tocaron sin respuesta. Nuevamente volvieron a tocar y gritaron. — ¡Buenos días! — quedando en espera de que alguien contestara.

Nada sucedió. Entonces, el gambusino empujó la puerta y ésta se abrió.

— Pásele, vamos a ver que encontramos. — Con naturalidad entró y la mujer con cierto recelo lo siguió —. Cada vez se encontraba más intrigada.

Recorrieron la habitación, encontrando un orden aceptable para ese tipo de condiciones de vida. De pronto, dentro de un frasco de vidrio la muchacha divisó la pulsera de su amiga junto con otras joyas de bisutería y tapándose la boca para intentar sofocar un grito, exclamó:

— ¡Ahí está la pulsera de mi amiga, sí ahí está! ¡Y sus aretes! ¡Y el anillo que le regalé...! — Apresurada giró la cara y lo enfrentó —. ¡Eso quiere decir, que por aquí se encuentra...!

— Pero señorita, espere, tome las cosas con calma. Ahora no hay nadie. Venga, mejor vamos a fisgonear la bodeguita.

Salieron y el sol los deslumbró. Dieron unos cuantos pasos y se situaron frente a la puerta. El hombre la abrió y se introdujeron en la penumbra... Lentamente, mientras se acostumbraban a la obscuridad, pudieron darse cuenta de lo que allí se encontraba.

— ¿Qué es eso? — señaló la muchacha a una serie de tiras que colgaban de unos mecate. A cada momento crecía más su desconcierto y el temor.

— Es carne seca en tasajo, es la única forma de mantenerla en este clima. Hay que cortarla en tiras delgadas para que se sequen y no se descomponga. El sol y el aire seco hacen el resto. — Con un ademán, le mostró una mesa de trabajo y una gran cantidad de cuchillos de carnicero alineados como cirujano, mientras... apuró otro trago del mezcal —. Ahí es donde las corta — y con mímica simuló que hacía el tasajo. En tanto, ya muy nerviosa, ella en su mente se cuestionaba, ¿carne de qué animal será?

— Qué tantas cosas sabe usted señor. Pero...Sabe qué... Ya me quiero ir, por favor vámonos.

— Espere señorita, vamos a desayunar y luego nos regresamos. ¿Acaso no

tiene hambre? ¿Le parece bien: huevo con tasajo? Aguarde, voy por un huevo al gallinero, mientras..., por favor coloque leña en el anafre, — diciendo lo anterior, se encaminó al exterior de la casa.

— Lo bueno, — dijo la chica en voz baja al poner la madera para hacer un fogón —, es que ya la encontré, lo sé bien. Mi amiga está por aquí.

— Lo bueno en esta ocasión, es que no tendré que ir a Matehuala, aunque... con tristeza esta vez, no tendrá su arbolito... << pensó >> José Luis.

La noche del coyote

“La noche del coyote”

El hombre presentaba las huellas de haber caminado por más de diez horas. Los zapatos desgarrados, cubiertos por el polvo de aquel árido estado fronterizo. A pesar de contar con lo que pudiera parecer un sombrero de paja, su cara de piel morena está quemada por el sol y recubierta por una capa blancuzca de polvo del terreno. Es tal el espesor, que presenta grietas dónde se supone que existen arrugas prematuras; producto del arduo trabajo de campo, allá en su pueblo; que en la actualidad, se encuentra casi agotado de hombres. Las pestañas, que en algo protegen a los ojos enrojecidos por el efecto de la tierra y los vientos que soplan con fuerza después del mediodía, también se encuentran “empanizadas”. Al igual que la ropa de mezclilla deslavada, por el uso de siempre y que a estas alturas del trayecto, muestra grandes manchas de sudor y polvo; tanto en el pecho, como en la espalda y axilas.

El tiempo en esas condiciones pasa lento, al ritmo de cada uno de los pasos, que cada vez más, se va convirtiendo en un proceder tardo y penoso. Habían comenzado la caminata alrededor de quince personas, pero en el recorrido, el grupo original al paso del tiempo y de los kilómetros caminados, se fue disgregando en otros más pequeños, tomando cada uno diferentes trayectorias, para así, dificultar más, el trabajo de búsqueda, de la patrulla fronteriza. A su alrededor, en el alcance de la vista, sólo podía observar tierra seca, sin encontrar algo más que grietas en el terreno y pequeños arbustos resistentes a muy largos períodos de sequías, así como al sol y el viento.

La botella de agua de tres litros, que cargaba en un morral junto con unas cuantas “tortas” de jamón, carne o la mayoría de las veces, porque no alcanza para más, de huevo revuelto con frijol, ya prácticamente se había terminado y aún no se vislumbraba el peñón donde se había establecido previamente, el punto de reunión. Allí se encontraría con la persona que los guiará hacia el rancho, el cual será su escondite por algunos días, para posteriormente, poco a poco, dirigirse a otras ciudades, donde finalmente, serán contratados y podrán

vivir por un largo periodo, hasta que, dependiendo de su suerte, sean localizados por la policía y repatriados. El último trago de agua, pasó con mucha dificultad, mientras el dorso de la mano izquierda raspó los labios tratando de quitar la costra de polvo. Vio al sol incandescente frente a él, aproximarse a las montañas del poniente y lanzó una mirada con desilusión al horizonte del norte. Sintió que faltaba mucho para llegar... Con dificultad, emprendió de nuevo la marcha. No había terminado de dar el primer paso cuando se escuchó un silbido, seguido por un chasquido que levantó polvo a sus pies, al tiempo que sus oídos escucharon el sonido de un disparo. Absorto no supo que hacer, mientras trataba infructuosamente de descubrir el lugar de donde había surgido. Entonces, escuchó otro sonido similar que lo hizo reaccionar y se tiró al suelo buscando un desnivel para ocultarse, pero, al efectuar ese movimiento, a lo lejos alcanzó a distinguir dos camionetas “pick up” que arrancaron por la brecha que los acercaba al lugar donde se encontraba.

— Me están disparando, ¿por qué? Si no he hecho nada malo, no soy un criminal, sólo busco una nueva vida. — dijo para sí, mientras escupía el polvo que había tragado al tirarse de cabeza a la grieta del terreno.

— ¿Ahora qué voy hacer? Debo correr, esconderme..., pero, ¿a dónde?, ¿en qué dirección?, ¿continúo o me regreso? Dios mío ¿qué hago?, ilumíname... Debo de correr con todas mis fuerzas y tratar de ocultarme hasta que llegue la noche, entonces intentaré despistarlos y así podré salvarme — sin pensarlo más, comenzó a correr a lo largo de la grieta, en una dirección perpendicular, a donde veía venir los vehículos, mientras continuaban los disparos a su alrededor. << No son vehículos de la “migra” >> pensó. — ¿Entonces, por qué me disparan?

Conforme corría desesperadamente, su mente hizo lo mismo hacia su pueblo natal. Recordó el domingo en el parque, donde perseguía al grupo de muchachas con el fin de entregar una flor a Marta, la joven que siempre le había gustado. Así, podría invitarle un helado y después, si la lograba convencer, dirigirse al cine dónde con un poco de suerte podría acariciarla y robarle algunos besos. La iglesia del pueblo, a la que muy seguido asistía, pero, no a los servicios religiosos, sino que, únicamente para poder observar a la Marta y sus amigas, llenaba sus pensamientos en ese trágico momento... Jadeaba y sudaba a raudales, al tiempo que escuchó que tocaran el claxon de los vehículos en medio de las risas y gritos desaforados de los perseguidores. Parecía que se divertían, posiblemente estaban borrachos o drogados.

— Me persiguen por diversión, me van a matar... ¡hijos de puta...!
— Y pensar que en mi pueblo al sur de mi país, no tenía trabajo y buscaba llegar a la tierra prometida, dónde en un par de meses podría ganar lo que cobré en casi dos años de trabajos extenuantes. Nunca pensé que pudiera ocurrirme lo que me está pasando, es la locura, me van a matar y ni siquiera mi familia sabrá lo que sucedió. — Con muchos trabajos se levantó de la caída, lo que con mucha frecuencia, ya le estaba sucediendo, tanto por el cansancio como por lo desnivelado del terreno.

De nuevo, por la mente en su voraz recordar, pasó la película de su vida. Recordó los años de escuela, cuando Francisco, su mejor amigo y ahora cuñado — porque se casó con su hermana —, siempre lo protegía, ya que era muy bueno para los “trancazos” y las peleas en general. Su carácter bélico lo llevó a enrolarse en el ejército y su actitud de estar siempre en el lugar de mayor riesgo, en la selva de Guerrero, durante la época de la guerrilla de Lucio Cabañas, le sirvió para que lo promovieran a pesar de ser sólo un muchacho, al rango de sargento primero. Lo enviaron a la escuela de especialidades militares y posteriormente a los cursos de guerrilla y contraguerrilla en la escuela de “las Américas” en el canal de Panamá, donde se entrenaba a lo más selecto de las tropas latinoamericanas, por medio de instructores “gringos”, ex-boinas verdes, que estuvieron en la guerra de Vietnam. Posteriormente estuvo en Nicaragua y a últimas fechas en la selva Lacandona de Chiapas. Siempre fue muy reconocido, en su medio, por sus conocimientos y valor, por lo que alcanzó el grado de subteniente.

— ¿Cómo no se encuentra aquí?, él me salvaría... — En ese momento sintió un impacto en el brazo izquierdo.

— Ya me dieron, hijos de la chingada... ¡Mamá..., me van a matar!

El sol se ocultó, lo que dio lugar a que los perseguidores detuvieran su cacería por un momento...

— ¡Ya la hice!, ¡ya no me ven! — Se dijo, mientras con su pañuelo improvisó un torniquete —. Descansaré un momento, esperaré que la obscuridad se vuelva más espesa y sigilosamente continuaré mi camino para escapar. Espero que se vayan pronto.

Así pasó más de media hora, entonces, lentamente se levantó volteó en todas

las direcciones para tratar de localizarlos, pero sólo vio oscuridad.

— No veo a nadie, ojalá se hayan ido, — y comenzó a caminar. << Ojalá no tengan equipo de visión nocturna >> pensó.

De pronto un disparo tronó en la noche y un cuerpo cayó. Se escucharon gritos que festejaban el término de la cacería.

∞

En el periódico de la mañana lo leyó: “...Paisano acribillado a tiros en la frontera...” y fue mayor su sorpresa cuando descubrió el nombre del muerto en el reportaje de lo acontecido. << ¡El buen amigo Ricardo! >> pensó, aquél que siempre quiso como hermano menor y continuamente le recordaba el sueño dorado de irse *pal'* otro lado de la frontera. Le dolía el estómago mientras terminaba de leer la nota periodística, su mente se nubló y las manos se crisparon arrugando el periódico. Lo tiró a un lado con fuerza y después de proferir una maldición y un — ¡Ya basta de estos abusos!, — sin hacer otro comentario, se dirigió a la puerta principal del cuartel y desapareció. A partir de ése día, nadie supo nada de él.

La frontera continuó con su vida normal, el paso de los cientos de ilegales durante cada día siguió siendo noticia común, al igual que los decesos por deshidratación, hipotermia, ahogamiento en el río, asfixia en algún contenedor, etc., al igual que los acontecidos por disparos de armas de fuego.

La oscuridad se había hecho casi total, como todos saben, las distintas fases de la luna dan lugar a que ésta salga y se oculte a diferentes horas cada día, durante todo el mes. A lo lejos, se observó cómo un doble haz de luz procedente de un vehículo, que lentamente se desplaza a base de saltos y movimientos serpenteantes por una brecha. De pronto, otro rayo de potente luz apareció desde el mismo vehículo, el cual escudriñaba el terreno en busca de algo o alguien, de igual forma como se utiliza en las cacerías de los animales salvajes. A veces, las luces parecían detenerse y en otras, se movían rápidamente. Los gritos en idioma extranjero se escuchaban en la lejanía y las “presas”, daban la impresión, que con habilidad, en ocasiones se escabullían y en otras, pareciera como si se multiplicaran en varias más. Igual que otras veces, se escucharon disparos acompañados de gritos de dolor y alegría... El vehículo se detuvo, las luces estaban dirigidas a un lugar en especial, las

siluetas de tres hombres bajaron de él, revisaron el área, esculcaron los cuerpos, al tiempo que se escucharon unos gritos de triunfo y volvieron a subir a su transporte. Las luces reiniciaron la marcha y regresaron al camino por donde hace sólo unos momentos vinieron. Entonces repentinamente se detuvieron. Varios disparos se escucharon y las luces se apagaron.

Un par de días después, los diarios y noticieros dieron la noticia: "... Grupo de ilegales asesinados a tiros, al internarse a través de la frontera en el desierto. En forma extraña, a pocos metros del lugar donde se encontraron los cuerpos de los inmigrantes, también aparecieron muertas, por disparos, en el interior de su camioneta "pick up", tres personas residentes *del otro lado...*"

Al paso del tiempo, con regularidad, se han encontrado varios grupos de rancheros que durante sus cacerías han sufrido accidentes, tales como: el caer en zanjas o grietas y golpearse en la cabeza; otras, al confundirse y dispararse accidentalmente entre ellos. Las fallas en los vehículos han provocado el que en ocasiones, estallen en llamas, o caigan en precipicios; y también, por qué no decirlo, al ser atacados por algunos "delincuentes", como aquéllos que persiguen a los ilegales y en ocasiones, usan trampas similares a las utilizadas por los guerrilleros.

En este lado de la frontera, el rumor ha crecido y prácticamente se ha convertido en una leyenda: "*...la del hombre moreno, que vive en las cuevas y guaridas de los coyotes, dónde sólo los animales saben. Que come raíces, hierbas, conejos, iguanas, lagartijas, nopales, cactus, e insectos; que se desplaza silenciosamente durante la oscuridad, al igual como lo hacen los pumas, y se ha convertido para el pueblo, en el vengador de los hombres y mujeres, cuyo único afán es buscar un lugar en el paraíso, que para toda esa pobre gente, es el país del norte*".

La gravedad del asunto creció de tal manera, que se pensó pudiera tratarse de un grupo paramilitar del país del sur. Ahora para prevenir mayores conflictos internacionales, el ejército de ambos lados, patrullan los miles de kilómetros de extensiones fronterizas, tratando de encontrar a los causantes, sin embargo, de vez en cuando, todavía aparece algún residente del otro lado, "accidentado" en una cacería, en especial, cuando la luna llena se encuentra en el cenit y el coyote aúlla su desdicha.

A propósito, algún tiempo atrás, salió una pequeña nota en un periódico del

pueblo, en la que un subteniente del ejército, murió en el enfrentamiento con una gavilla de narcotraficantes durante una noche de tormenta, al caer el “jeep” que manejaba, a un río crecido por las lluvias en el sureste del país. Su cuerpo nunca se encontró...

“ COSAS QUE A VECES SUCEDEN EN EL SURESTE “

- | | |
|---|-----------|
| 1.- El sombrero panameño. | 3 |
| 2.- Los funerales del tío Gabriel. | 14 |

El sombrero panameño

“El sombrero panameño”

I

Las doce horas de vuelo en el avión desde Europa, en contra de los husos horarios, ganándole tiempo a la vida, le permitió llegar a tierras mexicanas aún con la plenitud de sol. El cuerpo, prácticamente en la misma posición durante el viaje, se había entumido, de manera que un transbordo y el par de horas adicionales sentado en la parte de atrás de un auto, a pesar que era de lujo, fueron un suplicio interminable, sin embargo, parecía algo así como un sueño o una mentira..., el estar parado en el parque central de la población y sentir nuevamente ese aire húmedo y caliente de aquel bello lugar cercano al mar, donde Miguel creció y cursó sus estudios en los años de juventud; desde primaria hasta la profesional, antes de continuar con los estudios de postgrado y trabajar fuera del país por algo más de veinte años.

En apariencia nada había cambiado..., excepto que la gente se incrementó y los suburbios en las colinas cercanas se poblaron en un ambiente carente de seguridad, de servicios de salud y de infraestructura municipal. La falta de agua potable, la inexistente pavimentación que forma tremendos charcos de lodo rojizo insalubre, repletos de amibas, virus y parásitos, debido a las frecuentes lluvias y al continuo pasar de los autobuses y taxis, que peligrosamente pretenden ganar la carrera por los pasajeros, son sin duda las causas que han incrementado las enfermedades tropicales, a niveles nunca vistos en la región. Sin embargo, la esencia del lugar y el comportamiento cotidiano de la gente, no muestran diferencia substancial. Pareciera que todo sigue igual: la presidencia municipal, la iglesia, el mercado, el río, los arcos del portal, y también, como era de esperarse, ahí se encontraba el laurel..., aquél inmenso laurel de la India, cuyos brazos habían alcanzado tal altura y amplitud, que casi cubría con su sombra, la zona peatonal del parque.

Miguel caminó a una de las bancas bajo la sombra, se desanudó la corbata dorada de moda, desabrochó los dos botones superiores de la camisa y tomó el saco debajo del brazo, que con dificultad por el sudor que comenzaba a transpirar, se lo pudo quitar. Ese momento de descanso, permitió volar a su mente en retroceso a los últimos años de su presencia en ese lugar. Sí, a pesar de los pequeños cambios que observaba, todo seguía igual..., casi todo..., menos él.

Con cuarenta y tantos años, ahora luce ya una figura formal, la de un exitoso hombre de ciencia y doctor en medicina: complexión media, al que aún no se le forma el abultamiento del abdomen, porque a pesar de todo, se otorga el mínimo tiempo para hacer algo de deporte. La barba castaña, con alguna que otra incipiente cana y bien arreglada, le incrementa la formalidad de persona disciplinada, y a su vez bloquea el exhibir una sonrisa, a pesar, que la esboza con regularidad.

Fue abordado por un vendedor ambulante de sombreros, y entre todos, escogió un “panameño” de ala ancha, al cual le conformó hacia abajo la parte frontal de la misma y se lo colocó ligeramente de lado. Ahora sí, ya se encontraba en su pueblo.

— Hola Miguel, que bueno que te decidiste regresar y establecerte nuevamente en tu terruño — se escuchó una voz a sus espaldas.

Sorprendido, giró en redondo y trató de localizar al hombre que había hablado. Con paso apurado y la mano extendida en ademán de saludar, se acercó un individuo maduro, robusto y de pelo entrecano que no dejaba de parlotear.

— Ya te estábamos esperando, recibí tu correo electrónico, vas a ver que todo irá muy bien en tu proyecto, te conseguí una casa pequeña a orilla del río, sé que te gustará, ya lo verás... y a propósito, a las nueve de la noche habrá una reunión de rompehielos con las amistades de antes, en el bar del hotel Jacarandas, estoy seguro que se va a poner muy buena.

— ¡Carlitos, que gusto de verte, el tiempo no ha pasado por ti! — le gritó y lo abrazó efusivamente.

— ¡Así es amigo, al igual que tú!

— Por favor, pláticame algo de lo que ha pasado en todos estos años, mientras

nos saboreamos una paleta helada de guanábana, del mismo paletero de siempre. Y me dejas llenarme un poco más del paisaje. ¡Qué bien me sienta el estar aquí!

— Pues nada, que aquí, además de la política, la producción de las frutas, su comercio, las enfermedades y los chismes, todo sigue igual. Para la gente, tu llegada ha sido tema de plática y de elucubración, no se imaginan qué intentas hacer con los manglares y qué tienen que ver con tu profesión de médico... Espera, mira amigo hacia allá — cambió la conversación al tiempo que estiró la mano y con el índice la señaló. — Allá, en el malecón del río, observa a ese grupo de muchachas. Observa bien, ¿reconoces a la rubia?, fíjate bien, si hombre, ¡la conoces!, trata de recordarla.

— Por la forma de vestir, se nota que son de lo mejor de la sociedad — comentó Miguel, haciendo un gesto de admiración —, humm... déjame verla..., se parece a... ¡no me digas! ¿Es ella quien yo creo?

— ¡Sí!, pero ya creció, está hermosa ¿no lo piensas así?

— “*La niña bonita*”, pero era muy pequeña, tenía como doce años, se ha convertido en toda una mujer. ¿Sigue igual de berrinchuda y creída?

— Igual o peor. ¿Recuerdas cómo te seguía?, únicamente quería que tú le entregaras el ramo de flores en sus recitales y presentaciones de ballet. ¡Caray!, supongo que era una molestia..., siempre dijo que quería casarse contigo.

— Era sólo una chamaca y yo casi había terminado la Universidad. Recuerdo que a su corta edad no perdía ocasión para retarme en algo y en su infantil proceder me coqueteaba y terminaba enojándose por no hacerle caso o cuando me veía salir con alguna de las compañeras de la escuela. En una ocasión me aventó una piedra contra el cristal de una de las ventanas del auto, rompiéndolo. Su padre, la sobre protegía y le aguantaba todo. La mal educó. En la finca “platanera” de su familia, cuántas veces no castigaron a los hijos de los empleados por causa de ella. Un día se quedó trabada de coraje, de tal forma que hasta azul se tornó su cara, cuando a uno de los muchachitos más pequeños lo puso frente a una pared, le vendó los ojos y lo “fusiló” a pedradas hasta que le produjo una herida en la cabeza. Como el niño rompió en llanto, la regañaron y castigaron, pero cuando su padre se enteró, únicamente con caricias y voz suave, la conminó a no repetir esa mala acción.

>> Ahora recuerdo, que cuando me iba a ir a Europa a una especialización, se interpuso en mi camino, y con las manos haciendo “jarras” sobre las caderas, me amenazó, y con voz susurrante para supuestamente intimidarme, me dijo que me mataría si me casaba con otra. La tomé de los hombros y le besé la mejilla. Te esperaré, — le dije sonriendo —, aunque me tenga que meter en un

refrigerador para esperarte a que crezcas... Y solté una carcajada. Ya no le vi la cara, pero me imaginé que hizo “pucheros”. Por cierto, ¿se casó?
— ¡Sí!, — contestó Carlitos — con Antonio Maciel, un contador...

Ya no escuchó el resto de la respuesta, la mirada y su mente volaron a esa joven y bella mujer. — ¡Ahí está...! — repitió un par de veces en voz baja. La suavidad de la brisa movía celosamente unos ricitos de oro que no pudieron ser aprisionados y en ese momento se imaginó cómo debió haber sido el sutil y ceremonioso proceder del cepillo de nácar, el peine y la laca; así como los beligerantes cabellos áureos, que a pesar de todo el cuidado tenido, pudieron escaparse de la tenacidad de la hábil mano de su dama de compañía. Sintió el recorrer de la sangre por todo el cuerpo cuando observó el caminar de tan hermosa mujer.

Permitiendo libertad a su imaginación y al corazón, comenzó un monólogo sin importar la presencia de su amigo.

— Era imposible que pasara desapercibida por la vida, sin que alguien no se hubiera enamorado de ella — respiró profundo —. Mira su cuerpo, entornado en tan precioso vestido beige de percal bordado, que combina con el lindo sombrero de paja, que lo abraza un listón del mismo color, pero más brillante. Observa..., cómo acarician su piel tanto el listón, como los cabellos y en tal forma lo hacen, que arrancan materialmente los aromas de mujer bonita, los que aún a la distancia, mis sentidos los perciben y me transportan junto a ella... — pero la rápida reacción de su mente, cuestionó... <<¿Qué me está pasando? Ya me dijo Carlos que está casada, es mejor que la olvide. A otra cosa..., pero... >>.

El murmullo del caudaloso río y los pequeños oleajes rompieron en la orilla, al paso de las embarcaciones cargadas de fruta, madera y gentes con sus alegrías y pesares, enseres requeridos por la vida diaria que lo regresaron a los recuerdos, esperanzas y al fugaz vuelo de la cansada mente, al umbral de la sensibilidad...

II

El hotel se encontraba situado en lo alto de una loma, y desde el bar, que se comunica con la terraza, se podía observar claramente una parte de la ciudad iluminada, así como el río hasta su desembocadura en el mar, siendo acompañado en su muerte, por un par de escolleras formadas con enormes piedras blancas y tetrápodos de concreto. Las luces de los barcos en espera de entrar al puerto se mezclan con las luciérnagas y los focos de los botes de humildes pescadores que procuran al pulpo y otras especies que son atraídas por el haz de luz. En el otro lado de la terraza, una cañada perfectamente adecuada con jardines, árboles y flores que se engrandecen por la luz de la luna menguante y la iluminación indirecta, invita a los asistentes a recorrerla por sus pasillos y escaleras.

Un conjunto musical, ejecutaba melodías tropicales con arreglos lentos para amenizar el convivio. Los “tragos” cumplieron su cometido y alegró el ambiente al traer a la memoria: las caras, historias y remembranzas de la época de estudiantes. No faltó el profesor, que platicó las travesuras de algunos de los presentes y se alegró del regreso del eminente médico a su patria chica. Carlitos se encargó de irle recordando, uno a uno, los nombres de las caras que difícilmente Miguel podía reconocer. Un mesero tuvo la encomienda de mantener lleno el vaso del doctor y esto, fue motivación suficiente para recorrer todos los grupos que se habían formado, hasta que..., al regresar hacia la barra, Carlos la distinguió en el extremo del salón, cerca de la puerta que comunica a la terraza.

— Ven, te voy a presentar a una persona que nos falta saludar — tomándolo del brazo lo jaló hacia donde se encontraba la “niña bonita”.

— ¡Hola! ¿Cómo estás?

— Vaya, hasta que te dignaste dirigirme tu presencia..., ya me iba a ir.

— ¿Y tu marido vino?, no lo he visto — preguntó Carlos.

— Como siempre, ¿a ti qué te importa?, parece que no aprendes. Él no tiene, por qué venir a reuniones que no le incumben, no necesito vejigas para nadar. A ver déjame sola con el pinche doctorcito... << No ha cambiado, es la misma>>, pensó Miguel.

— ¡Hola “bonita” como has crecido, mira que hermosa mujer eres.

— No me vengas con sandeces. Te lo advertí muy claro cuando te fuiste... Porque estas casado, ¿o no?

— Así es. Pero tú también lo estás.

— Yo no importo..., y si estoy casada o no lo estoy, eso a ti no te interesa. No

estamos hablando de mí. Se trata de ti. ¡Te lo advertí! — repitió.

— Bueno, bueno..., bonita, entierra el hacha; de todos modos ya no hay remedio. Vamos a ser simplemente amigos. Tenemos muchas cosas de que platicar — los recuerdos surgieron con la conversación.

La fiesta continuó hasta avanzada la madrugada. Llegado el momento la acompañó hasta su vehículo y regresó a seguir bebiendo con los compañeros de la juventud. Se encontraba nuevamente en casa.

III

De pronto se vio en los viajes río arriba en busca de ciertas plantas e insectos, las consultas médicas de su especialidad que otorgaba a veces en demasía, ya que la población entera quería ser atendida por el eminente galeno graduado en el extranjero y otros que únicamente pretendían ir a saludarlo, para recordar viejas épocas; así como las interminables horas de la noche que le dedicaba a la experimentación; extracciones con éteres y solventes; destilaciones en retortas y matraces de formas tan raras y sofisticadas que cualquiera pudiera pensar, que en vez de equipo de laboratorio, se trataba de obras de arte contemporáneo, donde los fluidos de diferentes matices circulan en todos sentidos, al unísono de los vapores mercuriales sublimados a la luz de la luna llena.

— De la niña bonita, ni sus luces, — dijo para sí el doctor, mientras se vestía con su bata blanca para iniciar la consulta — que bueno, cada quién que siga su propia vida.

Después de atender a todos los pacientes de la agenda de ese día, la asistente se despidió mientras él se entretuvo apuntando en su libreta de reportes, algunos comentarios acerca de las observaciones de los enfermos y sus cambios de sintomatología con respecto a los productos obtenidos en sus experimentos y que fueron aplicados como medicamentos en algunos enfermos... No había terminado de anotar, cuando escucho una voz que le obligó levantar la vista en dirección de la puerta de entrada del laboratorio.

— ¿Se puede? Buenas noches. — Una bella figura femenina recargada sobre el marco sobresalió. El conjunto de blusa y falda “Chanel”, delineaba la silueta de sus largas y esbeltas piernas, que le recordó algunas de los suplementos de propaganda de las baratas anuales de las tiendas departamentales europeas.

— Por supuesto, ¿qué te trae por aquí? — Contestó Miguel.

— Platicar...

— Ven, pasa al consultorio, toma asiento - le acercó una silla.

— ¿Por qué no regresaste por mí?, me lo prometiste.

— Eras una chiquilla, nunca creí que lo tomaras en serio. De todos modos, te ibas a encontrar con alguien que te quisiera. Tal como sucedió, formaste un hogar y generaste una imagen. Todos te admiran en este lugar; una excelente madre de tus hijos; tu carácter, inteligencia, determinación y capacidad de lucha para llevar a cabo lo que te propones; tu perseverancia y el amoroso trato a los niños y a la sociedad, que bien sabes, te hacen única. ¿Qué más puedes pedir?

— ¡A ti! Estúpido, a ti, ¿que no lo entiendes? No sabes cuánto te odio, no sabes cuánto dolor siento cuando me toca alguien que no seas tú. No sabes como he deseado lastimarte por cada momento que sufrí al tener que casarme con alguien, al que todo el mundo decía que era perfecto para mí. No sabes cuánto me hiere tener que comportarme como todos esperan que me comporte. ¡Ya estoy harta de vivir así! ¿Acaso no te gusto?, ¿no te soy agradable?, ¿no me puedes querer? ¡Soy más joven y bonita que tu esposa o cualquiera de las “viejas” que has tenido! ¡Mírame, no creas que no me he dado cuenta cómo me observas! — y sin dejar de hablar, la desesperación y el coraje de la mujer se fue incrementando cada vez más. Se levantó de la silla, giró alrededor del escritorio y tomando un cenicero comenzó a golpearlo en el cuerpo y la cara, la que comenzó a sangrar.

Como pudo, Miguel logró levantarse del sillón y con coraje le propinó un golpe con la mano abierta, que la mandó de bruces a un rincón de la habitación. La comisura del labio dejó escapar un hilillo de sangre mientras preso del coraje contenido, la increpó:

— La estúpida eres tú, no sabes lo desagradable que es tener que aguantar tus malos modales, tus exabruptos, las groserías de tu trato de niña mimada y consentida; el que creas que tienes al mundo a tus pies, el sentirte superior a los demás; tu racismo a los pobres, indígenas y desprotegidos; el que creas que con un chasquido de dedos, los hombres se arrastraran a ti como perros. Me molestas, ahora ya sabes por qué no regresé, ¡Sí, me gustas!, ¡me atraes!,

¡te deseo!, ¡te sueño haciéndote el amor, pero también castigándote!, ¡haciéndote sufrir!, ¡lastimarte!... ¡Amarte!

— ¡A ver, atrévete macho eunuco, hazme sufrir y ámame si eres hombre! ¡Seguro que no lo vas a poder hacer; inténtalo, poco hombre! — nuevamente se abalanzó sobre él como una fiera intercambiando golpes y recibiendo algunas cachetadas por todo el cuerpo, que el ardor y escozor de las mismas se fue convirtiendo en excitación para continuar con caricias y besos por todas partes de ambos cuerpos. Miguel nunca había sentido algo similar, lo estaba disfrutando, a pesar de estar con una herida abierta del cuero cabelludo debido al golpe del cenicero, sangrando pero con un placer muy extraño que lo invadía.

Se arrancaron mutuamente la ropa, se acariciaron, se enjugaron las lágrimas y se embarraron la sangre por todo el cuerpo, mientras la excitación alcanzaba el clímax. Así, en el justo momento de consumir el acto sexual, la “bonita” giró hacia un lado y escapó de él, corriendo hacia el laboratorio.

Enojado en extremo, Miguel la persiguió con odio. A punto de ser alcanzada, la mujer tomó un gran matraz de vidrio y lo arrojó al piso, haciéndolo añicos en el espacio libre entre los dos. Deteniendo su carrera, giró para enfrentársele y con una sonora carcajada, lo retó nuevamente:

— ¡Ándale, atrévete a hacerme el amor! ¡Maricón...! ¡Quiero ver si en verdad, me puedes castigar...!

Con el odio reflejado en sus ojos, recorrió con la mirada el piso y observó con desprecio las astillas de vidrios. Cerró los puños, caminó sobre ellas y sintió como se introducían en sus carnes. Sin proferir quejido alguno, observó la sonrisa de placer de la mujer y con el dorso de la mano le profirió un fuerte golpe, que la hizo caer, entonces, se abalanzó sobre ella para continuar el acto de amor interrumpido. Los quejidos de placer y dolor se mezclaron con la pasión... En un instante fugaz de súbito arrebató pasional, en búsqueda de mayor placer, Miguel tomó el hermoso cuello con sus manos..., y de las caricias, pasó a cerrarlas primero lentamente y después con fuerza, mientras la bella mujer en el mover de sus brazos por ansiedad, dolor, placer y desesperación, alcanzó el cordón eléctrico de la parrilla de calentamiento del aparato de destilación de los solventes que colgaba cerca de ellos..., y lo jaló con fuerza, provocando que todo el equipo de cristal se desplomara, explotando en una gran bola de fuego que los cubrió inmediatamente en un

abrazo final...

IV

Presentía que esa tarde sería muy especial, pero no sabía por qué... Rodeado de una vegetación que requiere de una gran humedad, la ausencia de nubes permitía observar al firmamento, el cual, en trazo mágico se delineaba con perfección en las verdes copas de los árboles, en la otra ribera del río. El cielo azul limpio y claro, cortado en su continuidad por grandes parvadas de aves que surcan el infinito formando siempre una “V”, enmarcan con la brisa del atardecer, el refrescante ambiente de tranquilidad del pueblo.

El murmullo del caudaloso río y del oleaje rompiendo en la orilla al paso de las embarcaciones cargadas de fruta, madera y mucha gente repleta de alegrías y pesares; todos ellos, enseres requeridos por la vida, mientras el triste tañido de las campanas de la iglesia, acompañan el paso lento de aquella niña convertida en mujer, que en un ademán de coquetería, envía un beso acompañado del movimiento de la mano, como respuesta al saludo, que a la distancia, la punta de un par de dedos, tocan apenas el ala de un sombrero panameño.

— Carlitos, que hermosa tarde...

— Bueno, si así la ven tus ojos. Es la nostalgia del pasado... En la noche te encontrarás con ese tiempo fugado. ¡Ah!, también estará ella.

— Como muchos otros... — contestó y se encaminó al automóvil. — ¡Vamos!, llévame a mi nueva “madriguera”, descansaré un rato antes del rompehielos.

— Espero que no sea *rompe madres*... pensó.

Los funerales del tío Gabriel

Los funerales del tío Gabriel

I

La muerte

Pareciera que la edad y las labores del rancho habían acabado ese día con él. Los médicos le recomendaron meses atrás que debería limitar sus trabajos, pero aquel hombre, siempre testarudo, los había ignorado. ¿Por qué iba a proceder de otra forma?, si aún enfermo nunca faltó a su trabajo y sus tiempos libres, que eran pocos, los dedicaba al rancho.

Mi compadre Luis me platicó lo acontecido... Ayer por la mañana, el tío se escapó de la casa burlando la vigilancia de sus hijas mayores, como siempre lo hacía. Me parece verlo:

Con hastío fingió ir a la bodega, lugar que era su refugio cuando quería sacudirse las molestias de escuchar demasiados reproches de su esposa e hijas y donde, en ocasiones también reparaba los utensilios caseros. Sintonizó la radio a todo volumen, en la estación de música ranchera. Después de constatar que no lo veían, sigilosamente caminó hacia el árbol de marañón. Cuando llegó junto al tronco, descansó recargándose en él y estoy seguro que recordó las ocasiones anteriores que sus hábiles manos hicieron muñequitas de alambre y trapo para las niñas; utilizando para ello la semilla que se encuentra fuera del fruto, la cual parece una cabecita humana. Pocos saben que en el interior de esta semilla, se encuentra lo que se conoce por todo el mundo, como la nuez de la india.

Desde la sombra de ese árbol, fácilmente pudo pasar desapercibido por lo frondoso de los tulipanes hibiscos, que forman los cercos del jardín. Sutilmente se encaminó a la parte posterior de la propiedad y de ahí al arroyo. Sólo tenía que seguir la vereda paralela del cauce aguas abajo, para llegar al camino de herradura, el cual, cinco kilómetros adelante, pasa justo en la entrada del rancho. Este trayecto le proporcionó siempre una verdadera delicia. Los árboles de mango con sus anchas copas de alargadas hojas y

espesura tal, que no deja pasar los rayos del sol, lo que no permite el crecimiento de la maleza debajo de ellos. Mangos de variados tipos, sabores y coloraciones, que al mencionarlos el paladar se abrumba y disfruta la salivación: el manila, el petacón, el rosado y por supuesto con sal y chile machacado, el criollo verde.

Lo recuerdo bien, era un hombre curtido por el trabajo, de un orgullo muy grande por haber logrado lo que soñó desde niño. Comenzó como ayudante colocando rieles de ferrocarril y llegó a ser el jefe de la estación de Matías Romero del Ferrocarril Transístmico, en lo profundo de la sierra de Oaxaca. Los ojos verdes y su tez clara iban de acuerdo al apellido afrancesado, pero su nariz y el pelo, delataban su origen autóctono, típico de la región oaxaqueña del istmo de Tehuantepec; en especial aquéllos de las poblaciones de Espinal y Juchitán, ya que en ese lugar estuvieron acantonadas las tropas francesas de ocupación, durante el segundo imperio mexicano gobernado por Maximiliano y Carlota...

No obstante haber recorrido infinidad de veces ese camino, aquél día, a pesar de no sentirse del todo bien, lo gozó igual que siempre. Con su andar lento y aspirando el profundo aroma del lugar. Invariablemente disfrutó el observar, entreverados en la maleza, a los esbeltos y fuertes bambús de cañamo; a las vibrantes palmeras de guano, coyol y coco, que con suavidad mueven sus ramas debido al mínimo de brisa; a los troncos de los árboles, abrazados por lianas y raíces aéreas, las que forman un hermoso y largo túnel hacia su libertad cotidiana, que es el rancho, acompañado siempre por el rumor del arroyo serpenteante.

De vez en vez, en el camino se encontró con las “matas” de tamarindo, anonas, chicozapotes, nanches, almendras; en fin, toda clase de árboles frutales, los que no son, necesario cultivar. ¡Es asombroso! Solos nacen y sin cuidarlos crecen. Únicamente necesitan la humedad diaria del ambiente, la lluvia y la mano de Dios. Casi estoy seguro que cortó un chicozapote como era su costumbre, lo frotó en su camisa para limpiarlo, saboreó una mordida y terminó arrojando el resto a la maleza. Dentro de algunos años, habrá otro árbol.

Es un paraíso, sin embargo, no todo este trayecto es belleza. El calor y la falta de viento, provocada por el follaje de esos lugares, habría dado lugar a que el

anciano transpirara, tanto que la ropa seguramente se empapó y atraídos por ese humor, los mosquitos zumbarían por doquier. Gracias a Dios que ya estaba curtido porque no lo atacan, ¿o será que no los siente?, pero el hecho es, que rara vez se le veían piquetes y ronchas. Aún así, una cosa es cierta: el paludismo ó malaria, dolencia de estas tierras, comienza después de siete días de haber sido picado por uno de los mosquitos llamados anófeles, y la fiebre que produce, junto al temblor del cuerpo, dolor de huesos y cabeza, lo hacen terriblemente insoportable. La gente que lo padece, adelgaza no obstante haber tomado la quinina. Los síntomas, a pesar de haber sido curado, se repiten a través de los años. El tío Gabriel no era la excepción. Hoy sentía nuevamente los malestares.

La edad, las reumas y la enfermedad, no le impidieron recorrer el camino. Lentamente con dificultad, continuó al rancho, vestido a la usanza típica de la región: pantalón de algodón color caqui, camisa blanca de manga larga, medios botines de punta con sus resortes ya luidos por el uso; el paliacate y el sombrero de paja de ala ancha con sus tres hondonadas en la copa. El machete al cinto y su cinturón de cuero negro, complementan el tradicional atuendo. El vestir siempre lo tomaba con calma y paciencia. Al fin tendría todo el día para él.

En la entrada del rancho, el peoncito Julián, eterno cómplice de escapadas, lo esperó igual que en tantas ocasiones anteriores, con su caballo preferido, *el Rocinante*, nombre que le había asignado por su figura flaca hasta los huesos, además del lento caminar con la cabeza gacha y el color blanco percutido lleno de canas grises, que reafirman aún más su imagen opaca y triste.

Con el fondo verde de la maleza y el gris de las nubes, que por experiencia sabemos que más tarde se convertirá en lluvia, la figura triste del jinete se perfila sola, encorvada y con aquella pancita abultada por los años. En lenta cabalgata, le habla a su noble y viejo bruto, como si éste fuera el administrador del rancho, al que ordena las faenas por hacer. Cruza los potreros; las áreas sembradas de frijol y tomate entreverado con el maíz para aprovechar mejor el espacio y así lograr mejores rendimientos. También pasa junto a los papayos y plátanos, con sus racimos forrados con bolsas de plástico para prevenir su deterioro. Pareciera que todo lo sembrado, se alinea y aparta de su paso. Apenas la semana pasada cerró el trato de venta del platanar con un introductor de Monterrey... Con paciencia, el cuadrúpedo mueve la cabeza de arriba abajo al caminar, parece entender lo que le platican.

Paso a paso fue recorriendo la propiedad, rodeó una loma cubierta de naranjos en producción y llegó, transcurrido un rato, a la parte más alejada del rancho. Entretenido en ese paseo de rutina, no se dio cuenta que el cielo rápidamente se oscureció y de improvviso, descargó un fuerte chaparrón, como los que sabemos que sorpresivamente se presentan, acompañado de relámpagos deslumbrantes.

De pronto, todo se iluminó en su alrededor. Un rayo fue a caer a pocos metros en la punta de la ceiba, con tal estruendo, que asustó tanto al caballo como al jinete. Esto provocó una desenfundada carrera sin control, del que alguna vez fue un brioso corcel. Las ramas de los árboles y la maleza golpearon fuertemente la cara del viejo ranchero, lo que dificultó aún más usar el frenillo, de manera que alargó la carrera. Lentamente recuperó el control, ó a lo mejor, el matalón se cansó del esfuerzo. El tío Gabriel, asustado, escurriendo agua y agotado por el esfuerzo, empezó a sentir que le faltaba el aire, el pecho le dolía y la cabeza le daba vueltas. Empezaba a marearse. El frío le invadió y la angustia lo llevó a desesperarse. Tomando fuerza de flaqueza pudo recuperar el control de sí mismo y rápidamente decidió regresar a la estancia de los peones. Sin embargo, volver por el camino donde vino sería muy largo y cada vez se sentía peor. También pensó que tratar de llegar de la manera mas corta, involucraría pasar por una zona no desmontada y tener que vadear el río, lo que en estas condiciones, no sería nada fácil. Resuelto, enfiló al *Rocinante* en esa dirección.

Recostado sobre el cuello de su anciana jaca, atravesó el monte y alcanzó el río. Observó la corriente, sabía que no sería fácil y antes de que ésta creciera más, se metió en el afluente. El caballo caminó con dificultad porque el nivel del agua le llegaba hasta el pescuezo. Las ramas y desperdicios que eran también arrastrados, los golpearon fuertemente y las olas los hacían desaparecer por momentos. Por un instante y debido a un relámpago, logró divisar cerca de un recodo, el lugar donde tendría que subir al talud de un meandro. Se encontraba repleto de maleza.

Cada vez más fuerte, el dolor en el pecho le impedía pensar como proceder mejor. Dejó a la buena de Dios que el jamelgo escogiera el camino y al cruzar por un pasaje espeso conformado de ramas y lianas, levantó la cara y con los chorros de agua de la lluvia golpeando su rostro, apenas alcanzó a distinguir en forma por demás borrosa, enrollada en una rama a la altura de su pierna, a

una nauyaca “cuatro narices”. El terror de las serpientes venenosas de tierra caliente... Sin poder reaccionar a tiempo, sintió los colmillos penetrar en sus carnes... El grito de dolor hizo que reaccionara la montura y de un salto, bruscamente salió de la maleza, pero las ramas que sobresalían golpearon al jinete, haciendo que cayera sin remedio.

Cuánto tiempo pasó sin conocimiento, nadie lo supo, pero es seguro que ya no le fue posible ponerse en pie y sin poder moverse, debió haber sentido el veneno recorrer sus venas. El dolor debió ser tremendo; sentir lumbre en el interior del cuerpo al comprender que las entrañas se corroen. Los gritos de agonía y solicitud de ayuda, debieron haber sido ahogados por la tormenta. La lluvia y el lodo lo cubrieron parcialmente ¡Así quedó...! ¡Tal como cayó!

El rocín, libre de la montura, siguió su propia querencia. Llegó al caserío de los peones, que se alarmaron al verlo arribar sin el patrón. Con urgencia, emprendieron la búsqueda, la cual se dificultó por el estado del tiempo, pero sobre todo porque no lo encontraron en los lugares donde siempre andaba. A nadie se le ocurrió buscar en la zona no desmontada. Así pasaron las horas, hasta que Juliancillo dio con él. Hinchado por los efectos del veneno y el rictus de dolor en los ojos. Fue la imagen que encontró.

Un médico amigo de la familia, les comentó después de la autopsia, que debido al infarto que ya tenía, muy posiblemente falleció antes de que hiciera efecto la ponzoña. Dicho comentario, alivió de alguna manera la preocupación de todos los familiares.

II

El velorio

Aquella misma tarde nos avisaron de su muerte, preparamos el vehículo y manejamos durante toda la noche sin parar. Cada quien tuvo su turno de conducir y sin ningún contratiempo arribamos a la casa del tío a eso de las cuatro y media de la mañana. La neblina y la obscuridad le daban un aspecto londinense a la propiedad rodeada de vegetación. Descollaba la casa junto a la ligera pendiente del camino de llegada; éste se encontraba recubierto con grava blanca de río sobre la tierra roja del terreno. La casa de una planta y estilo europeo, con tejas francesas y muros de madera, era similar a las casas de las colonias inglesas y holandesas, edificadas en esta región cuando la construcción del ferrocarril y la extracción petrolera a principio del siglo pasado.

Llegamos directamente al velorio en el momento crítico, cuando el cansancio y el sentimentalismo son tal, que los llantos y gritos emotivos afloran

- ¡Ay Papá! ¡Por qué te fuiste! ¡Míranos, tanto que te queríamos...! ¡No..., no! << se escuchaba en coros y en desorden, mientras dos mujeres se abrazaban del féretro >>
- ¡No puede ser que nos hayas dejado! << gritaban otras mujeres, vestidas de negro, con grandes velos cubriendo sus cabezas y los ojos enrojecidos llenos de lágrimas. Con pañuelos tapando por momentos sus bocas, se abrazaban dándose apoyo mutuamente, mientras otra yacía desmayada al pie de la caja >>.
- ¡Ahora, qué será de nuestras vidas! ¡Tan bueno que eras! ¡No, No! ¡Papacito!
- ¡Ay mamita chula, virgencita santa, por Dios! ¿Qué nos has hecho? ¡Papá...! << Los gritos, los llantos, la locura. El café con “piquete” de aguardiente, los tamales... Las historias y anécdotas del muerto... >>.

La esposa, las hijas, amigas y parientes. Sólo mujeres rezaron el rosario...

- El tercer misterio...Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres... << continuó el rezo entre sollozos y lágrimas... >>.

Los hombres, afuera de la casa, tomaban café, bebían cerveza... Platicaban anécdotas...

- Era un cabrón..., pero logró hacer su dinerito... Mira, están tres de sus mujeres con sus hijos... ¿Te acuerdas cuando se enfrentó a la gavilla que quería sabotear al ferrocarril...? ¡Que chinga les puso...! ¡Los tenía bien puestos...!
- Oye Luis, ¿quiénes son las señoras que están más desconsoladas? No las conozco.
- ¡Sí serás pendejo..., son las lloronas..., pinche chilango pendejo...! Son profesionales..., ambientan el velorio, óyelas como gritan, lloran en lugar de nosotros...
- ¡Ah!, no lo sabía.
- Lo peor del caso, es que el tío se murió y estamos en la fiesta de la vela de San Vicente. ¡Putá madre, que chinga nos puso...!, ahorita estaríamos bailando << se escuchó decir por ahí >>.
- Oye Luis, quién es esa chica que llegó..., está muy bien.
- Claro pinche güey..., es mi prima Tude. Ven, te la voy a presentar... <<rodeando a la gente, caminaron al lugar donde se encontraba >>

El velorio continuó al paso de la noche. Tude, una chica muy hermosa, de plática por demás agradable, mantuvo la atención del muchacho de la capital.

- Escuché algo al respecto de la vela de San Vicente... o algo parecido. ¿Qué es eso?, << le preguntó a Tude >>.
- Mira, es un festejo que se lleva a cabo en toda la región del Istmo, dura cinco días, pero hoy es el baile principal. Se me ocurre que nos escapemos del velorio y vayamos a la fiesta un rato, al fin que el entierro es a media mañana. Anda, ámate y vámonos en mi auto. <<Tomó de la mano al muchacho y lo jaló hacia el automóvil, un viejo Datsun color rojo >>.

Mientras transitaban por callejuelas curvadas a través de los lomeríos de la ciudad, en búsqueda del salón de fiestas, la joven mujer comentó:

- Al igual que se “vela” a los muertos, el pueblo “vela” a su santo patrono; pero la diferencia es que lo hacen con alegría, de manera festiva, con jolgorio, aunque se caiga en excesos... Es la cultura de la región.
- El tío también fue mayordomo de esa festividad << continuó explicando >>. Significa ser el organizador de la fiesta y proveedor principal de la misma, en coordinación con el párroco de la iglesia del santo patrono. Es un orgullo tener esa responsabilidad, por lo que algunos se pasan la vida ahorrando y obteniendo patrocinios de empresas y de caciques para poder lograrlo. En alguna ocasión, se mencionó que hubo alguien que mandó matar a su competidor de mayordomía, pero en realidad esto nunca se llegó a saber si era cierto. Don Gabriel cumplió ampliamente con esa responsabilidad y su festejo de una semana fue recordado por muchos años. Llevó a las mejores orquestas, artistas y cantantes, tanto de la región como de la capital, y con el dinero recaudado en eventos especiales, se pudo reparar el altar principal de la parroquia, que había sido deteriorado por el vandalismo anticlerical de la post revolución, proveniente del estado vecino de Tabasco.
- Tude, eres muy bella, rubia y de ojos verdes. La mayor cantidad de personas del Istmo que conozco son morenas de ojos negros. ¿Por qué tú eres así?
- Mira, la gente de la Región de Espinal tenemos sangre francesa. En la festividad de la vela de San Vicente, como a la que vamos, podrás observar algunas mujeres de piel muy blanca, de ojos verdes o azules, ataviadas con los vestidos típicos de tehuanas, “ternos” de colores oscuros y brillantes - rojos, guinda, verde- de muselina bordada totalmente, con flores de múltiples colores sobre la tela y enjoyadas con arracadas, collares, pulseras y anillos de oro puro. Algunas llevan “petos”, pectorales elaborados con monedas de oro de diferentes tamaños y denominaciones, incluyendo centenarios entrelazados con filigrana de hilo de oro. Sus cabelleras largas y bien peinadas en ocasiones son cubiertas por una especie de capucha, bordada igual que los ternos y rematada con encaje que enmarca la cara de la tehuana, resaltando de esta manera aún más su hermosura, tal como se puede observar en los viejos billetes de diez pesos. Las morenas y trigüeñas, igualmente vestidas, adornan la fiesta con

su belleza, alegría e inteligencia. Todas son muy trabajadoras y hacen valer el famoso dicho: “Teca trabaja para que Teco la goce”, refiriéndose al gentilicio de la región y al hecho común de observar a la mujer trabajando duro en el hogar, en el campo, en la industria familiar del tejido, fabricación de joyas, etc., mientras el hombre descansa en la hamaca, tomando cerveza y siendo atendido por ellas. En estas festividades que tienen una duración de varios días, las mujeres suelen bailar entre ellas, abrazadas, donde una toma el lugar del hombre, mientras los Tecos, sentados a la mesa, cada quien con un cartón de veinticuatro cervezas medias, pasan el tiempo tomando, platicando y faroleando su última aventura. Son gente amistosa y leal; una cosa es segura: cuando un Teco entrega su amistad, lo hace en tal forma que primero da la vida a permitirse fallar como amigo, y eso que tienen mucha fama de violentos, pero, si por desgracia uno no es considerado amigo, más valiera salir de la región.

- Observa, cuando bailan sones como la Zandunga, las parejas lo hacen separados y arrastran lentamente los pies; valsean, lo que da una imagen cadenciosa de un ritmo tranquilo y produce un murmullo al mover los pies de esa manera rozando el piso. Las mujeres agitan las faldas con el movimiento de los brazos, dibujando figuras con ellas, y los hombres, con las manos colocadas por atrás del cuerpo, las acompañan, mientras la *marimba* con su sonido de maderas..., maderas que cantan, maderas que ríen y que también lloran, hacen saltar en acordes y en octavas, las notas producidas por las hábiles manos que entrelazan un mazo de varillas de madera que terminan en un bolacho de cuero o hule, las que arrancan la melodiosa música del instrumento parecido a un xilófono, al unísono de otros, de viento.
- Para que te ubiques, el Istmo de Tehuantepec es la región transcontinental más delgada de todo México. El ferrocarril transístmico une el Golfo de México con el Océano Pacífico y abarca parte de los Estados de Veracruz y Oaxaca. Por muchos años fue la competencia del canal de Panamá, debido a esto, el área está muy poblada por paisanos de Juchitán, Salina Cruz, Matías Romero, entre otros. En fin, muchos “Tecos”, por eso nuestras costumbres son algo diferentes. ¿Qué te parece?
- Espléndido, vamos a bailar... << al son de la música, las risas, el golpe de vasos y botellas de vidrio al brindar, la mente regresó a la casa, donde

poco a poco se habían ido quedando solos >>. - Qué pena, qué estarán diciendo de nosotros... << cavilaba, sin saber que prácticamente se habían terminado el aguardiente de tanto llorar. Al despertar el alba, todos saben que llegará la reposición y así tomarán fuerza nuevamente, para continuar con el sepelio. Es la costumbre... >>.

III

El cortejo

Habíamos esperado casi dos horas afuera del templo la llegada del sacerdote. El sol de media mañana calentaba más que de costumbre y todos, en pequeños grupos, nos distribuimos buscando las escuálidas sombras; unos en aquella obtenida por la proyección del muro del templo, otros junto a la “mata” de coco y algunos más bajo el tamarindo. Las paredes encaladas del templo reflejaban la luminosidad del día, lo que incitaba aún más la transpiración. La carroza negra, sola y atravesada frente a la entrada, parecía como si estuviera abandonada en esa calle recubierta de terracería con muchas partes verdes, debido al zacate de la región. Imagen típica del Istmo de Tehuantepec... al sur del estado de Veracruz.

El templo, construido con techumbre de láminas de zinc y paredes de bloques de concreto, de puerta lateral y grandes ventanas sin cristales, para que circule la pobre brisa, pero con herrería *garigoleada* que no permite el paso de una persona. La puerta de dos hojas, trancada por una cadena de acero y un candado “mollejón”, de aquellos que resultan casi imposible de violentar, impidió que pudiéramos esperar sentados pacientemente en el interior, aunque, no sé si el calor nos lo hubiera permitido.

- ¿Por qué no abren? << comentó David >>.
- Es que la llave la tiene el padre y no lo encuentran, pero ya lo fueron a buscar. Se los juro que contraté la misa personalmente con él. << Alguien contestó por ahí >>.

De pronto se escuchó un murmullo...

— ¡Ahí viene el padre! <<exclamó Luis>>.

Miramos hacia la calle; apareció un hombre maduro, apresurado, sudoroso, despeinado y con las marcas características de quien acaba de despertar. El sacerdote corría con un maletín de plástico en la mano izquierda. Bajo ese mismo brazo, aprisionadas contra el cuerpo, colgaban la sotana y demás vestimentas casi a punto de caer. En la otra, el manojito de llaves que era manejado por unos dedos torpes, los cuales trataban inútilmente de encontrar aquella que abriría la puerta. Súbitamente, se detuvo ante el pórtico. La gente se acercó y lo rodeó. Tembloroso aún por el esfuerzo realizado y en vista de que no atinaba a identificar la llave, trató de hacer intervenir la otra mano, pero el sudor y las prisas hicieron que rodara por tierra el maletín, abriéndose por el impacto y dejando salir una botella de brandy de marca muy corriente... El silencio se hizo presente... Alguien le ayudó a recoger todas las cosas mientras abría la puerta. Entramos y nos dirigimos a las bancas. Rápidamente el sacerdote se vistió con los ropajes, mientras algunos parientes sacaron de la carroza el féretro y lo colocaron al pie del altar.

El silencio, apenas roto por el leve cuchicheo de lo acontecido, dejó paso a la sorpresa... El acólito colocó junto a las ofrendas, la misma botella de brandy, acompañada por otra de “agua de *Tehuacán* sin gas”. Debo de confesar que ya no puse atención a la liturgia, pensé en la habilidad del sacerdote, al consagrar con el brandy que también es de uva, formando un *coctél* que calló los comentarios y las malas lenguas, aunque no dejo de pensar en la gravedad de ambos asuntos: el alcoholismo del Vicario y lo patético del evento.

Al finalizar el servicio y salir de la iglesia, se escuchó un comentario:

- Que cosas tan raras tiene la vida, ¿que más podrá pasar?.

La respuesta no se hizo esperar, la máquina de la carroza no pudo arrancar, un grupo de dolientes logró mover el vehículo para acomodarlo en la calle a empujones y con gran esfuerzo, porque se trataba de una leve pendiente. Al final se puso en marcha, pero, bruscamente y sin control. De un salto fue a dar contra la salpicadera de otro auto que se encontraba ahí estacionado. Todo mundo corrió y se acercó al accidente. ¡Gracias al cielo, la máquina aún continuaba funcionando!, no sin haber ocasionado un buen susto a todos los acompañantes del sepelio y el enojo del dueño del auto averiado.

Por fin, el cortejo se normalizó y se encaminó al panteón de la Soledad en el barrio de Santa Clara. Al frente, la carroza con su guardafango abollado, en el

techo las coronas de flores y atrás en gran contingente que abarcaba casi el ancho de toda la calle, los familiares cercanos, los amigos y aquéllos que se habían quedado a velar y llorar, como pretexto, para poder comer tamales y beber el café con *piquete*. Cerrando el grupo, una banda de viento que tocaba la música típica del istmo. Habíamos escuchado ya: “Dios nunca muere”, “La Llorona”, “La Zandunga” y comenzaban las notas de “La Martiniana”... “Niña cuando me muera...” A lo lejos, como un gigante, se observaba el árbol de mango, donde viró el cortejo para enfilarse por la amplia calle hacia el cementerio; su gran sombra cubre los quince metros de la calle y parte de la fachada del viejo hospital de Neumología que se encuentra enfrente. Por un momento recordé cuando pasamos por ahí y nos dio un pequeño respiro de los cuarenta y cinco grados centígrados a la sombra, que ese día a la una de la tarde, nos regalaba el termómetro. Como buenos “fuereños” nos separamos del grupo y caminamos por la banquetta tratando de rescatar la escasa sombra de la barda que corría a lo largo del cementerio. Tude me siguió. Esta posición nos permitió observar libremente la comitiva “... *no llores sobre mi tumba...*” seguía la canción.

— ¿Ya vieron?, — dijo David, señalando con leve movimiento de cabeza al cortejo —. A propósito, ¿saben que la canción que estamos escuchando es un poema del poeta oaxaqueño Henestrosa? — Nadie contestó pero si voltearon a mirar hacia donde indicó.

Los cambios naturales que se tienen en el grupo durante el caminar, habían dejado por un momento libre y a la vista, a una mujer vestida de blanco como las enfermeras, con la falda apenas arriba de las rodillas, que caminaba cadenciosamente. Se veía fresca a pesar del calor y su andar daba lugar a que sus pechos y caderas se movieran suavemente al mismo ritmo, pero a contrapunto.

- Es una compañerita mía. Trabaja en el hospital << me susurró Tude al oído>>. En eso estábamos cuando su débil tobillo cedió por el efecto de una grieta del piso y por lo pesado de nuestras miradas, rodando toda su agradable humanidad por el suelo. “...*cántame sones istmeños Mamá,..... cántame la Zandunga.....*”

Cuando llegó a la puerta principal, la carroza detuvo su marcha. Los hijos y sobrinos se apresuraron a sacar el ataúd de su interior. Había que cargarlo porque la carroza no podía entrar más, ya que la calle de acceso desde hacía

La tierra extraída fue acomodándose donde fuera. La gente alrededor sólo estorbaba. Al ataúd se le descansó sobre una tumba, pero de alguna manera imprevista, se recargó peligrosamente sobre una lápida frontal... Los niños se sentaron a observar el trabajo. Los familiares, con los ojos secos de tanto llorar, demostraron su paciencia a lo inevitable y nosotros, con grandes malabares, pudimos medio acomodarnos. No sé de dónde salió una botella de mezcal, pero le dimos un trago. De repente se escuchó un grito, seguido de un fuerte ruido y un llanto de niña... Sentí el apretón de la mano de Tude.

El peso del ataúd, provocó que se cayera la lápida frontal donde se había recargado, pero alguien, de un brusco jalón, rescató a la niña en el justo momento que caía sobre ella. La pesada piedra de mármol, debido a un verdadero milagro, únicamente ocasionó un raspón a lo largo de toda la pierna de la mocosa...

Lentamente, el tío Gabriel bajó a la tumba.

“...No me llores no... no me llores no”.

